



## Boletín de la Postulación. - Septiembre de 2018. “La heroicidad de las virtudes.” La evangelización a través de la instrucción cristiana.

El proyecto apostólico de Juan M<sup>a</sup>, como el de Gabriel Deshayes, se fue concretando poco a poco. Comenzaron - como todos los sacerdotes - por hacerse cargo de todas las actividades pastorales posibles, pero enseguida se vieron inmersos en la aventura de la escuela cristiana. El P. Deshayes comenzó pronto con sus maestras de escuelas rurales: las **Hermanas de la Instrucción Cristiana de Saint-Gildas-des-Bois**. Juan M<sup>a</sup>, pasados los 40, se consagró totalmente a sus propias escuelas de **Hermanos de la Instrucción Cristiana** y de las **Hijas de la Providencia**, a la vez que se ocupaba igualmente de las demás congregaciones docentes.

Por esta obra, renunció a otros servicios y cargos eclesiásticos, rehusando 17 veces, ser obispo. Dejó de lado su carrera de escritor y de teólogo confirmado, haciendo buenas las palabras de su hermano Féli, el prestigioso escritor: “**Los ‘pequeños Hermanos’, ésa es tu obra.**” [Los ‘**grandes Hermanos**’ eran los *Hermanos de la Salle*]. Féli se dirigía a su hermano - de manera profética - en los términos mencionados y esa sería la obra principal de Juan M<sup>a</sup>.

Sabiendo que tenía la posibilidad y la capacidad de dedicarse a otras actividades, sin duda más prestigiosas y más difíciles, ¿por qué Juan M<sup>a</sup> quiso sumergirse en una obra tan modesta y oscura, sin apenas prestigio? Vamos a tratar de entrar en el alma de Juan M<sup>a</sup> para responder a esta pregunta.

Los niños y los jóvenes, sobre todo los de las clases humildes, son los preferidos del Evangelio. Con ellos se identificó Jesús. “*Lo que hicisteis con uno de estos pequeños, conmigo lo hicisteis*”. Son los preferidos del Reino. “*Jesús tomó un niño y le puso en medio de ellos.*” Mirad, éstos son los que mejor entienden los misterios del Reino, para quienes el anuncio del Evangelio es el mejor escuchado, para los que el corazón está más abierto. Son dóciles a la palabra y a la paternidad de Dios, son los que acogen el Reino sin complicaciones ni obstáculos artificiales: “*Si os hacéis como niños, entraréis en el Reino de los cielos.*”

Juan M<sup>a</sup> está a sus anchas en medio de ellos y se divierte gastándoles bromas, les acaricia, les habla de Jesús y de los misterios del Reino. Les deja que se le acerquen. Son la alegría de su vida, como lo son hoy para los Hermanos y para las Hijas de la Providencia.

Es verdad que en ocasiones son difíciles y que a veces, a duras penas conseguimos soportarlos, pero no podemos vivir sin ellos. Se trata de una relación hecha de fraternidad espiritual, de afecto paterno y de familiaridad que incluye la transmisión del saber, todo con el mismo corazón que tenía Jesús.

Juan M<sup>a</sup> veía en el acto educativo una misión completa: en el mismo acto, los educadores - Hermanos y Hermanas - transmiten los conocimientos y las competencias, desarrollan una relación que hace crecer el mensaje del Evangelio y añaden una invitación al encuentro con la persona de Jesús. Y eso, no en momentos aislados, por el hecho de la yuxtaposición de las asignaturas, de los momentos o de los lugares, sino en el mismo acto, en el mismo tiempo en la misma visión. Por eso el encuentro con Jesús es fundamental: “*Mis escuelas han sido fundadas para dar a conocer y hacer amar a Jesucristo.*”

Todo en él era cristocéntrico: la presencia y la vida de los docentes, la disposición de los lugares y de los símbolos, la concepción de la cultura, basada en la visión cristiana del mundo, el tipo de relación educativa, el buen ambiente en las aulas, la construcción de una comunidad educativa que comprenda a los docentes, a los alumnos y a las familias, ... De esta manera, la escuela se convierte en un potente medio de evangelización: ofrece un tiempo y un contenido ciertamente sólido; está abierta a todos, tanto a los cristianos poco practicantes como a los no cristianos, porque parte de una experiencia humana abierta a todos, realizando en la práctica lo que anuncian sus palabras.

Y todo eso con la condición de que la escuela sea una **escuela verdaderamente cristiana** y bien sabemos lo que significaba para Juan M<sup>a</sup>, cómo reprendía a los Hermanos, cómo les formaba en los Retiros, con sus cartas y en sus frecuentes visitas. Los Hermanos y las Hermanas eran los artesanos de esta “**nueva evangelización**”. Eran los **ángeles de la guarda** que velaban sobre los niños y les ayudaban a crecer. Se santificaban haciendo santos a los niños. Eran los apóstoles que repartían el pan del Evangelio a los hambrientos de la Palabra de Dios y al mismo tiempo saciaban la sed de instrucción, de cariño, de presencia y de acompañamiento. Los Hermanos y las Hermanas formaban con sus alumnos y sus padres una familia verdadera que materializaba - en pequeño - los misterios del Reino. Ése era el sueño de Juan M<sup>a</sup> de una verdadera escuela cristiana, la que nos ha legado a nosotros.

Hno Dino De Carolis